

Juan de Miralles: Un comerciante cubano en la guerra de independencia norteamericana*

Nikolaus Böttcher

Instituto Latinoamericano
Universidad Libre de Berlín

El presente artículo analiza las actividades mercantiles y políticas del comerciante habanero Juan de Miralles como comisionado de la Corona española en Norteamérica durante la revolución de las trece colonias contra Inglaterra. La presencia de Miralles marcó el principio de las relaciones comerciales y diplomáticas entre Cuba y Norteamérica. El caso de este cubano es un ejemplo importante de la función del comerciante como intermediario en los procesos comerciales, culturales e incluso políticos. Sin embargo, se trata de un ejemplo especial, ya que fue una excepción la presencia de un comerciante cubano como representante de la Corona española para fomentar las relaciones comerciales internacionales desde el extranjero.

La orientación hacia Norteamérica y las reformas borbónicas de la administración y del comercio en Cuba pusieron los cimientos para la emancipación de la élite local. Su integración y la coparticipación en las decisiones políticas y económicas aseguraron la lealtad hacia la metrópoli. En eso la actividad de Miralles como importador y diplomático refleja la posición de la aristocracia cubana entre un comercio más liberal y la obediencia a la Madre Patria.

El estudio del grupo social de los comerciantes es de primera importancia para la investigación de la interacción económica y cultural que resultó de la expansión europea desde el siglo XV. Al mismo tiempo la relación entre el mundo colonizador y el mundo colonizado se entremezcló con la rivalidad entre los poderes europeos por los territorios de ultramar. Fueron los comerciantes que transgredieron las fronteras de estos diversos lados heterogéneos y lograron moverse a pesar de las restricciones impuestas por España para con el comercio de sus colonias con Inglaterra. Se practicó lo que el libertador argentino Manuel Belgrano había expresado en las críticas, pero acertadas palabras: “El comerciante no conoce más patria, ni más rey, ni más religión que su interés”.¹

Con el establecimiento de casas comerciales en diversos territorios de otros imperios no solamente aumentaron los sectores de importación y exportación, sino también los intercambios políticos y socio-culturales que podían llevar incluso al establecimiento de relaciones diplomáticas entre

* Traducción del alemán por el mismo autor.

1 Belgrano, Manuel: *Autobiografía*, ed. por Gregorio Weinberg, Buenos Aires, 1954, pág. 52.

dos naciones. Hay que analizar este proceso como consecuencia de los crecientes intereses económicos de Gran Bretaña en América Latina.

Desde la Guerra de Sucesión de España a principios del siglo XVIII, las colonias hispanoamericanas se vieron cada vez más implicadas en el conflicto entre los poderes hegemónicos europeos. El enemigo principal de España fue Inglaterra que mostraba su intención de anexionarse partes del imperio español y además inmiscuirse en el comercio ultramarino. Debido a la creciente producción a causa de la revolución industrial Gran Bretaña aumentó sus exportaciones transatlánticas. Como consecuencia de la preponderancia británica en el tráfico marítimo comerciantes ingleses, escoceses e irlandeses buscaron nuevos mercados más allá del imperio británico y establecieron comunidades en los centros comerciales de las colonias españolas y portuguesas.² De este modo en el momento de la independencia hispanoamericana el gobierno en Londres podía disponer de los servicios diplomáticos de estos comerciantes familiarizados con las jóvenes repúblicas. En muchos casos estos negociantes fueron nombrados cónsules estableciendo las primeras relaciones diplomáticas oficiales. En cambio, España procuró proteger su imperio colonial contra cualquier influencia foránea y prohibió oficialmente tanto a los comerciantes extranjeros cualquier actividad como también a sus súbditos mantener intereses comerciales fuera del territorio de la Corona española.

Cuba ofrece una situación particular dentro de este panorama. La conquista de La Habana por los ingleses en 1762, a finales de la Guerra de los Siete Años, inauguró las relaciones comerciales de una extensión considerable entre Cuba, Gran Bretaña y sus colonias norteamericanas. Fueron sobre todo los comerciantes procedentes de los centros comerciales en la costa oriental de Norteamérica, los que se aprovecharon de los nuevos vínculos con el mercado de la isla antillana. Al mismo tiempo, Cuba había experimentado un crecimiento económico considerable debido a las reformas borbónicas en las décadas anteriores de la ocupación inglesa.³ A raíz de la rebelión de las trece colonias norteamericanas contra Gran Bretaña en 1775 se dio un acercamiento económico entre la isla y la parte oriental de Norteamérica, que se intensificó aún más por la interrupción del tráfico de

2 Böttcher, Nikolaus: "Casas de comercio británicas y sus intereses en América Latina 1760-1860: estado y problemas de la investigación actual", *Iberoamerikanisches Archiv* 22, 1-2, Frankfurt/M., 1996, págs. 191-241.

3 McNeill, James: *Atlantic Empires of France and Spain: Louisbourg and Havana, 1700-1763*. Chapel Hill/Londres, pág. 190.

las *Sugar Islands* británicas en el Caribe. A causa de la permanente guerra en Europa, Cuba por su parte pasó por una crisis en su comercio con la metrópoli y sufrió por ende dificultades considerables de abastecimiento; como consecuencia, los comerciantes cubanos estaban a la búsqueda de nuevos mercados de colocación de sus productos.

Por su rivalidad con Gran Bretaña, España dudaba entre la neutralidad y la ayuda militar y financiera a los rebeldes norteamericanos en su lucha por la independencia.⁴ Finalmente, España no prestó apoyo inmediato a las trece colonias, sino decidió primeramente enviar a comisarios especiales para obtener informaciones sobre la situación general desde los territorios en guerra. Estos comisionados fueron mandados por el gobernador de Cuba desde la capital de la isla a puertos y centros comerciales como Baltimore, Filadelfia, Nueva York y Boston. Uno de estos delegados no oficiales del gobierno español en suelo norteamericano fue el comerciante Juan de Miralles, vecino de La Habana.

El caso del comerciante Juan de Miralles que se analiza a continuación merece especial interés, sobre todo porque se trata de un comerciante hispano y no anglosajón que trabajó durante un período considerable fuera del imperio español. Por su función polifacética como espía, empresario y diplomático Miralles logró promocionar su carrera profesional y desarrollar al mismo tiempo actividades políticas. Para aclarar el contexto histórico en el cual hay que analizar su actividad mercantil y diplomática conviene esbozar brevemente las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos en ese período.

Intereses económicos de Norteamérica en Cuba a finales del siglo XVIII

La Habana en el siglo XVIII seguía siendo el núcleo estratégico del Caribe y del golfo de México. Por sus condiciones climáticas y atmosféricas favorables la ciudad había sido elegida como puerto central de la región que albergaba la flota para la defensa de las rutas comerciales y como punto de abastecimiento para las flotas mercantiles procedentes de la Nueva España y el Perú. Sin embargo, al principio la economía de la isla sacó poco prove-

⁴ Acertadamente Light T. Cummins habla de la "neutralidad benévola" del gobierno español (Cummins, Light T.: *Spanish Observers and the American Revolution, 1775-1783*, Baton Rouge/London, 1992, pág.54).

cho de esta situación privilegiada de La Habana. Todavía en 1740 el comercio de Cuba se limitaba a un tráfico mercantil escaso con Nueva España y el Nuevo Reino de Granada. Hasta mediados del siglo XVIII una solución fue el contrabando de los comerciantes locales, que actuaron como agentes clandestinos y testaferros de comerciantes británicos ubicados en Jamaica, que tenían el asiento de esclavos para Hispanoamérica desde la paz de Utrecht de 1714. Por lo tanto, los más beneficiados durante el período del “comercio libre” con Gran Bretaña fueron estos comerciantes cubanos y británicos, simplemente por conocer bien el mercado, al cual suplían clandestinamente desde hacía mucho tiempo. No es sorprendente que después de la conquista de La Habana algunos comerciantes locales se mostraran dispuestos a colaborar abiertamente con la potencia invasora. Cuando los ingleses tomaron la capital, encontraron grandes cantidades de azúcar en mal estado, debido a la mala organización del transporte hacia España y a la falta de barcos. Al mismo tiempo, en Europa se había iniciado un fuerte alza de los precios del azúcar por la interrupción del transporte desde el Caribe en tiempos de guerra. Los habaneros estaban impresionados por la rapidez con la que los mercaderes británicos manejaron el embarque del azúcar y la introducción de esclavos y de mercancías.

Sin embargo, no hay que sobrevalorar la ocupación británica de La Habana como incorporación completa de la isla en el sistema comercial transatlántico entre el Caribe, Norteamérica y Gran Bretaña. La Habana fue entregada a España después de menos de un año poniendo fin al comercio legal con Gran Bretaña. La introducción de esclavos fue significativa durante los años 1762 y 1763, pero no cambió sustancialmente la estructura económica cubana. Además el éxito de los comerciantes extranjeros se basó principalmente en la producción agrícola de Cuba, que había sido aumentada por las reformas borbónicas antes de la ocupación.⁵

Las relaciones comerciales entre Cuba y el mundo británico empezaron a florecer después del tratado París de 1763, cuando La Habana fue devuelta a España a cambio de la Florida. Una de las consecuencias más significativas fue sin duda el principio de un intercambio comercial regular con el continente norteamericano. Algunos comerciantes norteamericanos se habían establecido en La Habana antes de la rebelión contra Gran Bre-

5 Para el crecimiento de la agricultura y del comercio véase Marrero, Leví: *Cuba: Economía y sociedad*, Madrid, 1972-88, vol. VII (1978), pág. 55 y McNeill: *Atlantic Empires...*, págs. 118-136 y 154-179, y también recientemente Parceros Torre, Cecilia María: *La pérdida de La Habana y las reformas borbónicas, 1760-1773*, Valladolid, 1998, pág. 59.

taña. Hasta entonces el comercio con Cuba había sido ilegal y esporádico. Además, los agentes británicos que organizaron el transporte de esclavos desde Jamaica vieron con celos la posible intensificación del comercio cubano-norteamericano. Pero en esa época las colonias inglesas en América todavía dependían más del comercio con Santo Domingo, Florida y Puerto Rico que con Cuba.⁶

En el tratado de París se estipuló que La Luisiana pasara a ser española y se incorporó a la capitania general de La Habana.⁷ A través de ese nuevo eje el tráfico entre Cuba y las posesiones británicas en América aumentó considerablemente. El crecimiento de las exportaciones de azúcar cubana a cambio de la harina y de los cereales norteamericanos dio motivo al gobierno inglés para establecer una política proteccionista restringiendo el comercio en la región del Caribe.⁸ Sin embargo, las restricciones económicas provocaron masivas protestas por parte de las trece colonias.

Durante estos años, La Habana no sólo fue la capital de la administración y de la economía isleñas, sino que además llegó a ser el centro logístico para la reconquista española de los territorios que habían sido cedidos a Gran Bretaña en la Guerra de los Siete Años. A finales de los años setenta del siglo XVIII el puerto principal de Cuba se convirtió en el cuartel general de las tropas españolas y el astillero vivió una etapa de intensa actividad. Como consecuencia del crecimiento de la población compuesta por comerciantes, esclavos, marineros y sobre todo soldados, La Habana dependía cada vez más de la importación de alimentos básicos, como la harina, ya que Cuba se especializaba exclusivamente en los cultivos de tabaco, café y azúcar, cuya producción sobrepasaba la capacidad de exportación de la flota mercantil española. Entre 1775 y 1783 llegaron empresarios norteamericanos a Cuba, al mismo tiempo que las regiones de la costa registraron un

6 Lewis, James: "Anglo-American Entrepreneurs in Havana: the Background and Significance of the Expulsion of 1784-85", en: Jacques Barbier y Allan Kuethe, eds.: *The North American Role in the Spanish Imperial Economy, 1760-1819*, Manchester, 1985, pág. 120.

7 Archivo Nacional de Cuba (La Habana, en adelante ANC), Correspondencia de los Capitanes Generales, 18/94 (30 de mayo de 1768): Real cédula y real decreto de S.M. donde está reglamentado todo lo relacionado para ejercer el comercio entre España y Luisiana; ANC, Correspondencia de los Capitanes Generales, 19/85; 18/109 y 22/49.

8 Goebel, Dorothy B.: "British Trade to the Spanish Colonies, 1796-1823", *American Historical Review* 43, Washington, D.C., 1937/38, pág. 296; Christelow, Allan: "Contraband Trade between Jamaica and the Spanish Main, and the Free Port Act of 1766", *Hispanic American Historical Review* 22, Durham, N.C., 1942, pág. 343. Para el *Mollasses Act* de 1764 y el *Free Port Act* de 1766: British Library (Londres, en adelante BL), Additional Manuscripts, 33.030, fol. 243; Public Record Office (Londres, en adelante PRO), Colonial Office (en adelante CO), Order to the Governor of Jamaica 137/61, fol. 29.

fuerte crecimiento en la producción agrícola y el tráfico marítimo.⁹ Los comerciantes de Charleston, Baltimore, Filadelfia, Nueva York y Boston ofrecieron transporte de mercancías más rápido y a precios más bajos. Como consecuencia, los impuestos de importación y exportación para el comercio con Norteamérica fueron reducidos. En 1781 llegaron a La Habana un total de 126 buques mercantes norteamericanos; dos años más tarde se inauguró la línea marítima entre La Habana y Filadelfia y en la misma fecha anclaron 183 barcos en el puerto habanero, en su mayoría procedentes de la Bahía de Chesapeake (Filadelfia y Baltimore), Carolina (Charleston), Georgia (Edenton), Nueva Inglaterra y Nueva York.¹⁰

Con el final de la guerra entre España e Inglaterra se redujo la presencia militar en La Habana y la necesidad de importar harina fue satisfecha desde España y México. Bajo la presión del consulado de Cádiz la Corona había revocado las facilidades comerciales con Norteamérica. Sin embargo, este comercio ya había arraigado y varias casas comerciales norteamericanas se encontraban firmemente establecidas en La Habana, sin que se vieran afectadas por los vaivenes de la política metropolitana.¹¹

La revolución de Santo Domingo, en 1791, provocó que La Habana se convirtiera en el núcleo del sistema de plantaciones entre el Caribe, Luisiana y Florida. Hacendados y comerciantes norteamericanos comenzaron a postular la idea de un imperio de plantaciones entre Norteamérica y las Antillas cuya capital sería La Habana.¹² El 27 de Octubre de 1795 España y los Estados Unidos firmaron un contrato de amistad y navegación. Entre 1796 y 1808 España pasó la mayor parte del tiempo en estado de guerra, mientras la élite cubana se encargó por su propia cuenta de la organización de los asuntos de la isla, hasta conseguir la legalización del comercio con los Estados Unidos. Con la real cédula del 18 de noviembre de 1797 Cuba pudo comerciar con los países neutrales, admitiendo así la insuficiencia del sistema monopolista.¹³ En 1798 por primera vez el volumen del comercio

9 Price, Jacob: "Economic Functions and the Growth of American Port Towns in the 18th Century", *Perspectives in American History* 8, Cambridge (Mass.), 1974, págs. 123-186.

10 Lewis: "Anglo-American Entrepreneurs...", pág. 117.

11 Archivo Histórico Nacional, Madrid (en adelante AHN), Estado, 3885bis, expediente 4, núm. 14: Manuel Cabello, Relación que manifiesta los comerciantes yngleses americanos que se hallan en esta ciudad, 23 de mayo de 1780. Se menciona a David Beveridge, Joseph Grapheton, Alexander Samplet, John Miller, Thomas Plunket, Robert Toten, Robert Dorci, George Chandler, George C. Morton y Vincent Gray.

12 Zeuske, Michael y Clarence Munford: "Die 'große Furcht' in der Karibik: Frankreich, Saint-Domingue und Kuba 1789-1795", *Ibero-Amerikanisches Archiv* 17,1, Berlín, 1991, pág. 91.

13 Moreno Friginals, Manuel: *El Ingenio. El complejo económico social cubano del azúcar, 1760-1860*, La Habana, 1978, vol. II, pág. 107.

JUAN DE MIRALLES: UN COMERCIANTE CUBANO

cubano con Estados Unidos excedió al realizado con la metrópoli (véanse Cuadros 1 y 2). Durante estos años el comercio fue organizado y dominado por los anglosajones. Cubanos como Miralles, que lograron establecer relaciones comerciales en tierra norteamericana, fueron casos excepcionales, mientras la mayoría de los mercaderes locales se convirtió en comisionistas de las casas comerciales norteamericanas.

CUADRO N.º 1

IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES EN EL PUERTO DE LA HABANA EN 1798

<i>Procedencia</i>	<i>Importaciones (en pesos)</i>	<i>Exportaciones (en pesos)</i>
España	88.631	581.312
Hispanoamérica	845.721	1.267.410
América del Norte	8.207.708	6.025.561
Total	9.142.060	7.874.283

Fuente: Archivo Nacional de Cuba (La Habana, en adelante ANC), Real Consulado (en adelante RC), 72/2781: *Entradas y Salidas del puerto de La Habana de 1798* (12 de abril de 1799).

CUADRO N.º 2

MOVIMIENTO PORTUARIO DE LA HABANA, 1796-1801

(entradas y salidas)*

	1796		1797		1798		1799		1800		1801	
	<i>E</i>	<i>S</i>	<i>E</i>	<i>S</i>	<i>E</i>	<i>S</i>	<i>E</i>	<i>S</i>	<i>E</i>	<i>S</i>	<i>E</i>	<i>S</i>
España												
<i>Barcos de guerra</i>	62	60	119	126	82	87	38	42	11	5	17	26
<i>Correos</i>	35	32	17	22	13	14	8	12	6	6	5	6
<i>Buques mercantes</i>	287	318	148	158	111	137	127	126	104	100	109	114
Francia	1	10	24	26	23	22	10	9	—	1	6	3
EE.UU.	150	146	383	342	431	416	695	598	606	606	824	719
Inglaterra	8	13	9	8	9	6	5	3	6	7	9	3
Dinamarca	7	8	32	27	36	38	34	26	36	35	18	16
Suecia/Hamburgo			2	1		10	2/9	2/16	2/1	1/1	2/3	3/7
TOTAL	550	587	734	710	702	730	868	834	772	762	993	897

* E: entradas. S: salidas.

Fuente: ANC, Real Consulado, 71/2767 (1796); 72/2773 (1797); 72/2774 (1798); 72/2783 (1799); 72/27d94 (1800); 72/2792 (1801).

Juan de Miralles y la revolución norteamericana¹⁴

Juan de Miralles Trailhon nació en Alicante, hijo de padres franceses. Su padre era mercader; probablemente participaba en negocios de importación y exportación entre Aragón y la costa mediterránea de Francia. No se sabe nada más sobre la vida de Juan antes de su llegada a Cuba. Desconocemos tanto la fecha de su nacimiento¹⁵ como el año de su viaje a las Indias. A causa de su origen francés tuvo que solicitar una carta de naturaleza para poder trasladarse a las colonias ultramarinas; sin embargo, tal documento no aparece en los papeles correspondientes del Archivo General de Indias en Sevilla. De todos modos, alrededor de 1740 ya vivía en La Habana ejerciendo de comerciante.¹⁶ Desde el principio se dedicó a la exportación de tabaco y de azúcar a Cádiz; al poco tiempo logró ampliar sus actividades al convertirse en encargado de empresas inglesas afincadas en Kingston (Jamaica) y San Agustín (Florida).

Durante estos años Miralles adquirió los primeros conocimientos del idioma inglés a través de su contacto profesional con los comerciantes británicos. Los meses de la ocupación inglesa, entre agosto de 1762 y junio del año siguiente vivió en La Habana; sin embargo, las fuentes no aportan datos sobre su probable colaboración con los ingleses, ya que no era aconsejable mencionar los vínculos con el principal enemigo de la Corona española. Mientras tanto, el volumen de sus negocios había crecido considerablemente; varios años después de la dominación inglesa reclamaba haber perdido tabaco por valor de 2 millones de reales, que se encontraba en los almacenes de la ciudad al ser conquistada.¹⁷

Después de la retirada de las tropas británicas Miralles aparece por primera vez en escena en 1765 al solicitar el *asiento de esclavos*.¹⁸ Esa nueva actividad como negrero hace suponer una vez más su posible colaboración con los ingleses, ya que fueron los esclavistas británicos los que abastecieron la capital y sus contornos con un desconocido número de esclavos

14 La fuente principal para este epígrafe se encuentra en el Archivo General de Indias, Sevilla (en adelante AGI), Papeles de Cuba, legajos 1281 y 1283: Correspondencia entre el capitán general y los comisionados españoles en las colonias americanas, 1778-1780.

15 Miralles nació probablemente entre 1715 y 1717 según las estimaciones de Gómez del Campillo, Miguel: *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos*, Madrid, 1944-46, tomo I, pág. XVIII e Isern, José: *Pioneros cubanos en USA, 1575-1898*. Miami, 1971, pág. 45.

16 McCadden, Helen: "Juan de Miralles and the American Revolution", *The Americas* 29, Washington, D.C., 1973, pág. 359.

17 AGI, Papeles de Cuba, 1283, fol. 254 (1779).

18 AGI, Santo Domingo, 2210, sin numeración.

africanos.¹⁹ Al restaurar la Corona española su poder sobre la isla de Cuba, los representantes de la metrópoli, el gobernador conde de Ricla y el mariscal de campo Alejandro O'Reilly, suspendieron los servicios de la Real Compañía de La Habana por insuficientes. Fue el primer paso hacia las reformas borbónicas en la economía y en la administración cubanas después de la pérdida de la Guerra de los Siete Años. A los pocos meses de su llegada Ricla y O'Reilly habían reconocido el estado desastroso en que se encontraba la economía local, ocasionado por la paralización del comercio y por la falta de mano de obra debida a la ineficaz organización de la trata de esclavos.²⁰

Miralles ofreció a la Corona sus servicios en vano. En su lugar, Ricla se inclinó por una decisión más tajante y concedió directamente licencias particulares a negreros británicos, que parecían ser capaces de garantizar el suministro por su acceso directo al mercado africano. Pero Miralles no se retiró del negocio e incluso logró convertirse en apoderado de los nuevos asentistas.

Cuando la Corona suspendió el asiento con los negreros británicos dos años más tarde y se lo encargó a la Compañía Gaditana de Negros, Miralles entró junto con su colega Jerónimo Enrile como factor en dicha compañía estatal.²¹ Mientras Enrile más tarde se convirtió en director y apoderado general de la compañía, en julio de 1769 se suspendió a Miralles como administrador, porque "... este encargo impedía la precisa atención a sus vastos negocios particulares".²² Obviamente este último se había aprovechado de sus contactos con los centros comerciales ingleses para llevar a cabo negocios ilícitos, como hombre de paja, a través de una tienda que tenía en pleno centro de La Habana; allí vendía mercancías de los almacenes de la Compañía Gaditana a clientes individuales en Cuba y en Jamaica actuando fuera del control de la Compañía.²³

En estos años Cuba alcanzó la primera ola de crecimiento económico. Sobre todo el nuevo acceso al mercado norteamericano hizo incrementar

19 Thomas, Hugh: *Cuba or The Pursuit of Freedom*, London, 1971, pág. 51; McNeill: *Atlantic Empires...*, pág. 167.

20 ANC, Miscelánea de Libros, 1435, fol. 2: Cartas de la administración de la Real Compañía de La Habana, 1764-72; Manuel Joseph de Alegría, apoderado de la Real Compañía, a Diego Joseph de Cosa, secretario de la junta de comisión de la Real Compañía de La Habana, La Habana, 27 de julio de 1763.

21 Torres Ramírez, Bibiano: *La Compañía gaditana de negros*, Sevilla, 1973, pág. 143.

22 AGI, Santo Domingo, 2515, sin numeración.

23 *Ibidem*.

las importaciones y exportaciones a través de La Habana. Al mismo tiempo la inmigración forzosa de esclavos aumentó drásticamente. En septiembre de 1773 se decidió trasladar la caja principal de la Compañía Gadjitana desde Puerto Rico a La Habana; antes de concluir la década ya se había transportado más de 13.700 esclavos a La Habana.²⁴ Miralles volvió a solicitar el asiento de esclavos en los años 1773 y 1776. En una carta con fecha del 12 de octubre de 1776 a la Junta de Negros en Madrid, indicó que disponía de recursos financieros suficientes como para ofrecer a la Corona un pago de 200.000 pesos al año en caso de que se le otorgara el monopolio de la venta de negros en Cuba.²⁵ Se rechazó la oferta porque Miralles daba la impresión de ser "... hombre de mas tramoya y apariencia que solidez y sustancia".²⁶

Al estallar la guerra de independencia norteamericana se cortó el comercio entre Norteamérica y las posesiones británicas en el Caribe, con lo que cesó la entrada de esclavos, harina, carne salada y madera. Como resultado en Jamaica, por ejemplo, la producción de azúcar se vio afectada considerablemente: en sólo cuatro años decreció de 60.000 toneladas en 1773 a 26.000 toneladas en 1777.²⁷

Cuba se aprovechó de esta nueva posibilidad de colocar sus productos en el nuevo mercado. Cuando España estableció relaciones amistosas con las colonias rebeldes, el acercamiento económico entre Cuba y Norteamérica se intensificó a pesar de las protestas de parte del gobierno británico. España incluso permitió a los capitanes de los barcos bajo bandera norteamericana echar anclas en el puerto de La Habana; los avisos referentes a dichos buques fueron expresados de una forma muy vaga para que el comercio aparentara ser legal. Esto incluía que se toleraba la presencia de navíos de guerra, lo que equivalía de hecho a que se le concedía asilo a los corsarios norteamericanos que llevaban algún botín de la guerra contra los ingleses. Los capitanes procedentes de las colonias rebeldes se sirvieron ante todo de la vieja práctica de la arribada, la cual les daba la posibilidad de hacer escala en el puerto de La Habana bajo el pretexto de una avería o de la necesidad de cargar alimentos y agua fresca. En realidad se efectua-

24 Tornero Tinajero, Pablo: *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial*, Madrid, 1996, pág. 38; Marrero: *Cuba...*, vol. X, págs. 10-11.

25 AGI, Papeles de Cuba, 1281, fol. 658.

26 AGI, Santo Domingo, 2533.

27 Moreno Fraguinals: *El Ingenio...*, vol. I, pág. 44.

ba un comercio encubierto, declarando la compra de mercancías como gastos de reparación y pagando con esclavos y letras de cambio.²⁸

Una vez más Miralles dio prueba de su tenacidad e intuición comercial. A pesar de su despedida del cargo en la Compañía Gaditana y la desaprobarción de su solicitud por el asiento, el cubano seguía con sus ocupaciones. Entró en colaboración con el comerciante norteamericano George Abbot Hall y a finales del año 1777 estableció una ruta comercial entre Charleston y La Habana convirtiéndose paulatinamente en un conocedor profundo de la situación de las colonias norteamericanas. Con el curso de la guerra de independencia de las trece colonias creció el interés del gobierno español por obtener información de los territorios insurgentes. El conde de Floridablanca dio instrucciones a los gobernadores de Luisiana y de Cuba para enviar observadores e informantes a los centros comerciales de la costa del este de Norteamérica y de la Florida:

“Conviene que el Gobernador de la Luisiana, el de La Habana, u otro que sea de la entera satisfacción del Sr. Ministro de Indias, sea encargado de comisionar una o dos personas de gran sagacidad y zelo las cuales puedan internarse en las colonias americanas insurgentes, estar a la vista de lo que ocurra, instruirse y avisar”.²⁹

Ya en octubre de 1776 se había enviado a un comerciante criollo, llamado Miguel Eduardo, de La Habana a Nueva Orleans y más tarde —como agente del asiento de negros— a Filadelfia, para obtener informaciones militares sobre Pensacola y San Agustín. Poco después se mandó a Florida a un tal Eligio de la Puente con los mismos fines.³⁰ Como fuentes de información estos enviados usaron tanto las gacetas locales de Kingston y Charleston como también conversaciones con mercaderes de esclavos, capitanes de barcos y maestros de navíos. Sus cartas fueron mandadas directamente a Gerónimo Enrile en su función de director de la Compañía Gaditana; de allí fueron transmitidas al gobernador de La Habana o al Ministro de Indias, José de Gálvez, sucesor de Floridablanca.³¹

28 AGI, Papeles de Cuba, 1227: “Ha resuelto S.M. que en los puertos de España sean admitidos cordialmente los americanos, aunque se presenten con bandera propia, distinta de la británica [...]. No se les ha de permitir la venta de efectos ni comercio alguno, y solo sí que se reparen y compren lo que les fuere necesario, satisfaciendo su importe en dinero, en letras de cambio o esclavos negros.” José de Gálvez al marqués de la Torre, gobernador de Cuba, 20 de septiembre de 1776.

29 AHN, Estado, 3885, exp. 17, sin fecha.

30 *Ibidem*, 3884bis, exp. 1, núm. 2: Gálvez a Floridablanca, 19 de agosto de 1778; también Caughey, John W.: *Bernardo de Gálvez in Louisiana, 1776-1783*, Berkeley (Ca.), 1934, pág. 89.

31 De curioso interés es el caso paralelo del venezolano Francisco de Miranda. En el verano de 1781 Miranda intervino como mercader y espía desde Cuba, en este caso para obtener información sobre las fortificaciones de Jamaica. La acción fue financiada por el marqués de Casa Enrile (anterior-

En estos años Juan de Miralles se convirtió en el enviado más importante de la Corona española en América del Norte. Por su experiencia en el comercio con el mundo anglosajón y por el dominio del idioma el cubano disponía de las cualidades necesarias para su misión. El 17 de diciembre de 1777 Miralles recibió las instrucciones de las manos del gobernador de Cuba. De la Torre le avisó que se embarcara como comerciante que acompañaba su mercancía en un barco con rumbo a Cádiz.³² En el camino debía desembarcar en el continente norteamericano entre Carolina del Sur y Filadelfia bajo el pretexto de una arribada; allí debía hacerse pasar por comerciante cubano en búsqueda de esclavos, harina, carne y otras mercancías de las cuales se carecía en Cuba. La tarea más importante, sin embargo, consistió en enterarse de que si había planes de ataques de parte de las fuerzas armadas de Gran Bretaña contra posesiones españolas. Por real decreto del 21 de enero de 1778 Miralles fue nombrado *observador y representante en EE.UU.* Se le concedió un modesto presupuesto de 39.000 pesos para comprar géneros (de camuflaje) y regalos (para sobornos).³³

Las personas competentes que entraron en contacto directo con Miralles fueron por la parte española el nuevo gobernador en La Habana, Luis Navarro, y por la norteamericana, el comerciante Robert Morris y George Washington. Sin embargo, la influencia de Miralles fue limitada por los avisos desde La Habana y Madrid respectivamente. Las instrucciones tardaron meses en llegar al enviado dejándole a ratos sin órdenes y sin poderes. Al mismo tiempo, Miralles tenía que agradar a ambos lados, tanto a los diplomáticos y comerciantes norteamericanos como a los representantes del gobierno español. Ya por puro interés profesional le interesaba intermediar entre la Corona española y el Congreso Continental y convencer a ambas partes de las ventajas de una mutua colaboración política y económica. En sus cartas a La Habana elogiaba a los americanos como buenos y responsables socios los cuales estarían dispuestos a colaborar con los españoles en la reconquista de la Florida; incluso ofrecerían el control sobre la navegación

mente director de la Compañía Gaditana), el marqués Jústiz y Santa Ana como por el corresponsal de los asentistas Baker & Dawson de Liverpool en La Habana, Felipe o Philip Alwood. Pero por negligencia no se informó a los oficiales de la aduana con lo cual se detuvo a Miranda al retornar a La Habana y se la acusó de contrabando. Antes de empezar el juicio en junio de 1783, Miranda huyó a Norteamérica y después a Inglaterra; más tarde se convertiría en precursor de la lucha por la independencia (Marrero: *Cuba...*, vol. XII, págs. 46-55).

32 El gobernador Navarro insistió en que Miralles no implicara jamás al gobierno de España; oficialmente era un hombre privado (Cummins: *Spanish Observers...*, pág. 106).

33 AGI, Papeles de Cuba, 1290, y AHN, Estado 3885, exped. 17, Gálvez a Miralles, sin fecha.

del río Mississippi. No fue sorprendente que Miralles estuviera satisfecho cuando España declaró la guerra a Gran Bretaña y se preparó el tratado de amistad con Estados Unidos nombrando a John Jay como mediador en las negociaciones preliminares en septiembre de 1779.³⁴

Las cartas de Miralles contenían sobre todo informaciones militares como descripciones estratégicas del puerto de Nueva York,³⁵ noticias sobre posibles ataques por parte de Gran Bretaña contra Mobile y Pensacola,³⁶ informes sobre las fuerzas armadas inglesas y sus movimientos cerca de Nueva York o rumores de un presunto ataque de Newport, el puerto principal de “Rodelán” (Rhode Island).³⁷ Además de transmitir estas informaciones se permitió enunciar recomendaciones propias; destacó las posibilidades idóneas para atacar la isla de Jamaica y acabar de una vez con el contrabando inglés entre Honduras y Cuba.³⁸ En febrero de 1780 se trasladó a Morristown, donde se encontraba el cuartel general de las tropas norteamericanas bajo el mando de George Washington. La misión del cubano consistía en discutir con los norteamericanos la posibilidad de una ofensiva colectiva contra la Florida británica. A Miralles se le prometió el nombramiento como primer embajador, sin embargo, la colaboración oficial había de durar sólo mientras continuaba la guerra.

Miralles cumplió con sus deberes diplomáticos sin desatender sus negocios particulares. Aunque su actividad mercantil sirvió de camuflaje, en realidad seguía activo en sus ocupaciones comerciales. Sin embargo, se encontró con los viejos obstáculos de las restricciones económicas de la política mercantil española. En su correspondencia semanal y a veces diaria se encuentran con regularidad informes sobre la situación económica en los jóvenes Estados Unidos. No se cansó de poner de relieve las ventajas que resultarían del aumento de las importaciones para Cuba; elogiaba tanto la buena calidad como los bajos precios y la plétora de las mercancías norteamericanas. El mismo propuso enviar un cargamento de alquitrán, añil y madera a Cádiz.³⁹

Pero el comunicado oficial con fecha del 24 de julio 1778 desde La Habana se limitó a conceder el permiso de importar una sola carga de hari-

34 McCadden: “Miralles...”, pág. 38.

35 AHN, Estado, 3884bis, exp. 6, núm. 1: Miralles a Gálvez, 19 de agosto de 1778.

36 *Ibidem*, núm. 2: Miralles a Gálvez, 20 de agosto de 1778.

37 *Ibidem*, núm. 4: Miralles a Gálvez, 3 de septiembre de 1778.

38 AGI, Papeles de Cuba, 1283, Miralles a Navarro, 16 de mayo de 1779.

39 AGI, Papeles de Cuba, 1281, fol. 2-10: Miralles a Navarro, 13 de febrero de 1778.

na y arroz para la alimentación de los soldados en Cuba. Miralles envió por fin, en un barco de su socio Abbot Hall, un cargamento de 5.588 arrobas de arroz en 292 barriles que había adquirido a cambio de azúcar en Charleston. Aparte de esto, hasta finales de año 1778 Miralles había importado desde Cuba azúcar, puros, vino, pasas, jerez y chocolate como regalos diplomáticos por un valor de 3.842 pesos; sus gastos anuales por alquilar una vivienda, honorarios del médico y los gastos para viajar llegaron a 47.040 pesos.⁴⁰

Desde finales de 1778 Miralles se encontró en Filadelfia con la instrucción de ponerse en contacto con el *Congreso Continental*. En Filadelfia entró en colaboración con Oliver Pollock de Nueva Orleans y Robert Morris de Baltimore; estas relaciones fueron decisivas para el establecimiento de los contactos comerciales entre Cuba y la costa norteamericana.

Gran parte del tráfico marítimo entre Cuba y la tierra firme solía pasar por Nueva Orleans, posesión española en aquel entonces; desde allí el irlandés Oliver Pollock organizaba los contactos con Filadelfia, Baltimore y Nueva York.⁴¹ Pollock llegó a conocer a Miralles en noviembre de 1778, cuando este último estaba a punto de espiar los planes de las colonias rebeldes con referencia a la navegación del Mississippi.⁴² El irlandés fue uno de los personajes claves durante esta época pionera de las relaciones políticas y económicas entre Hispanoamérica y los Estados Unidos. Desde 1760 estaba afincado en Nueva Orleans y después en Filadelfia como comerciante mayorista por propia cuenta. Durante la ocupación inglesa de La Habana empezó a orientarse hacia el comercio con Cuba estableciendo una compañía con casa comercial de primera categoría en La Habana en 1767.⁴³ En los años siguientes intensificó sus vínculos comerciales y perfeccionó sus conocimientos del castellano. Su primer caudal considerable lo había ganado con la exportación de harina procedente de la Chesapeake Bay, a través de Nueva Orleans, al Caribe.⁴⁴ Al mismo tiempo consiguió establecer conexiones políticas de primera importancia, algunas a través del uso de sus contactos étnicos: en Nueva Orleans en 1769 se hizo amigo de O'Reilly, el reformador militar de Cuba de origen irlandés; fue presentado a O'Reilly

40 *Ibidem*, fol. 18: Miralles a Navarro, 13 de febrero de 1778.

41 Portell Vilá, Manuel: *Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*, La Habana, 1938, pág. 77.

42 James, J.A.: *Oliver Pollock. The Life and Times of an unknown Patriot*, Nueva York, 1937, pág. 253.

43 James: *Pollock...*, pág. 7.

44 *Ibidem*, pág. 33: en 1767 exportó nada menos que 8.000 barriles de harina a La Habana.

por otro irlandés, el jesuita Tomás Butler.⁴⁵ Más tarde entró en intensa colaboración con el gobernador de Luisiana, Bernardo Gálvez, que era sobrino del ministro de Indias, don José de Gálvez, y el 2 de junio de 1777 fue nombrado encargado oficial del gobierno estadounidense para asuntos económicos referentes a Hispanoamérica.

Fue Pollock quien hizo la presentación de Miralles a Robert Morris en Filadelfia en el verano de 1778.⁴⁶ Morris, en sus comienzos, había sido un comerciante de Liverpool que se había instalado en Filadelfia como negro. Después de la independencia de los Estados Unidos se convirtió en el primer ministro de Hacienda del nuevo estado; también fue temporalmente agente de importantes casas comerciales de Europa, como los Hope de Amsterdam y los *Merchant Bankers* Baring Brothers y Cía. de Londres. En 1803 actuó como negociador de los Baring en la concesión del crédito al gobierno estadounidense para la compra de Luisiana.

A finales de la década del 70 Miralles y Morris fundaron una compañía en Filadelfia, que se convertiría en el negocio principal del comerciante cubano. Se organizó la exportación de harina para La Habana en gran escala; era una mercancía de primera necesidad para alimentar a los soldados allí estacionados. La ciudad como puerto principal de la isla era temporalmente el centro logístico de la Corona española para sus planes de reconquistar los territorios en Norteamérica; fueron acuartelados en ella la flota española y un ejército de entre 8.000 y 12.000 hombres. Entre 1779 y 1780 los españoles lograron reconquistar Manchac, Baton Rouge, Mobile y San Agustín.⁴⁷ También se organizaron desde Cuba la gran expedición contra Pensacola en 1781, bajo el mando del mariscal de campo Juan Manuel Caxigal, y el ataque contra la parte occidental de Florida y las Islas Bahamas al año siguiente, bajo el mando de Bernardo de Gálvez.⁴⁸

Durante estos años el abastecimiento del ejército fue la tarea principal de la administración cubana. Sin embargo, la capacidad de suministro desde la Nueva España sufrió un estancamiento por la lentitud burocrática, la

45 Caughey: *Bernardo Gálvez...*, pág. 87. Para la estancia de O'Reilly en Luisiana véase la biografía escrita por Torres Ramírez, Bibiano: *Alejandro O'Reilly en las Indias*, Sevilla, 1969, págs. 97-179.

46 Según dice Cummins, Miralles y Morris ya se habían conocido en La Habana durante la ocupación inglesa (Cummins: *Spanish Observers...*, pág. 118).

47 Kuethe, Allan: *Cuba, 1753-1865. Crown, Military, and Society*, Knoxville (Tenn.), 1986, pág. 78.

48 Kuethe, Allan: "Guns, Subsidies, Commercial Privilege: Some Historical Factors in the Emergence of the Cuban National Character", *Cuban Studies* 16, Pittsburgh (Pa.), 1986, pág. 130.

escasez de mulas y los costos elevados de transporte.⁴⁹ Por este motivo el gobernador de Cuba, Navarro, encargó a Miralles personalmente que preparase la organización y legalización del comercio con las ciudades portuarias de la costa norteamericana. En noviembre de 1778 Miralles y Morris ya habían enviado la cantidad de 16.000 barriles de harina desde Filadelfia a La Habana.⁵⁰ Navarro había otorgado una licencia particular para este cargamento, con lo cual se trata de la primera importación legal en el comercio directo entre la isla y la tierra firme norteamericana. En los siguientes meses esta conexión llegó a ser una línea regular del tráfico marítimo.⁵¹ Después, la correspondencia entre Miralles y el director de la Compañía Gaditana y el gobernador de Cuba fue transportada en los buques mercantes de Morris.

Las ganancias que resultaron de los derechos de aduana pagados por el comercio cubano-norteamericano se duplicaron en poco tiempo a más de 800.000 pesos.⁵² Mercancías por más de \$ 2.5 millones dólares fueron exportadas en 1778 desde Cuba a los Estados Unidos.⁵³ Finalmente, el 22 de octubre de 1779 se inauguró el “comercio libre” entre estos dos destinos. Según los datos indicados por el historiador cubano Leví Marrero, las ganancias procedentes del *boom* económico de los años comprendidos entre 1779 y 1781 para los comerciantes de La Habana se elevaron a más de tres millones de pesos.⁵⁴ Y fue allí donde se fundó la primera representación oficial de comerciantes norteamericanos.

Después de una enfermedad febril Miralles murió de repente el 20 de abril de 1780. Seis días más tarde, su secretario personal y futuro sucesor, Francisco de Rendón, hizo pública la noticia de su enfermedad y muerte. En su carta al gobernador Navarro, Rendón elogió la ayuda amistosa, casi de pariente, de parte de George Washington, quien se ofreció a pagar los gastos funerarios. Rendón se negó a aceptar tal oferta; el funeral tuvo lugar el 29 de abril de 1780 en Morristown, el cuartel general de Washington. La celebración siguió el protocolo de un entierro nacional, con todos los honores militares, en presencia de Washington, del gobernador de Pennsylvania

49 Lewis, James: “Nueva España y los esfuerzos para abastecer La Habana, 1779-1783”, *Anuario de Estudios Americanos* 33, Sevilla, 1976, pág. 520.

50 Rodríguez Vicente, María Encarnación: “El comercio cubano y la guerra de emancipación norteamericana”, *Anuario de Estudios Americanos* 11, Sevilla, 1954, pág. 80.

51 AGI, Santo Domingo, 1598: El oficial de aduana, Urriaga, a Gálvez, 10 de septiembre de 1778; AHN, Estado, 3885bis, exp. 4: Gálvez a Floridablanca, 5 de octubre de 1785.

52 Portell Vilá: *Cuba...*, pág. 103.

53 *Ibidem*, pág. 105.

54 Marrero: *Cuba...*, vol. X, pág. 7.

y de un representante del ministro de asuntos exteriores de Francia. En honor de Miralles se celebró la misa católica lo cual provocó consternación por parte de la oposición de Washington por el “servicio anti-cristiano” en un cuartel militar protestante.⁵⁵

La carta de Rendón a Navarro fue entregada en La Habana personalmente por Robert Morris.⁵⁶ Entre los papeles de Rendón se encontró el testamento del fallecido.⁵⁷ En éste Miralles daba la libertad a sus esclavos de servicio y les regalaba una parcela de tierra en los alrededores de La Habana.⁵⁸ Además avisaba a sus herederos de que sería Robert Morris, como persona de su confianza, quien debía llevar a cabo los negocios pendientes. De este modo, el testamento ofrece la posibilidad de esbozar las vinculaciones comerciales de Miralles poco antes de su repentina muerte. Sin embargo, los libros de contabilidad se limitan a pocas cartas y algunos balances anuales. Miralles se dedicaba tanto a negocios crediticios como a la compra y venta de mercancías de Cuba y Estados Unidos, sobre todo harina, tabaco, melaza y caballos para el ejército. El valor de sus negocios llegó a un total de 200.000 pesos, más unas facturas de 26.600 dólares. Además se menciona un cargamento de cuarenta cajas de jarabe, veinte cajas de cerveza y catorce barriles de arroz, las que había encargado a la compañía de Hall en Charleston para su venta en Martinica. También era socio a partes iguales con John Dorsay, un comerciante conocido de Baltimore, en un negocio de venta de caballos al ejército norteamericano. Morris posteriormente vendió los caballos por valor de 27.432 pesos. Las ganancias procedentes de los negocios abiertos importaron 207.881 pesos más 2.033 pesos en metálico. La deuda activa por gastos abiertos montó 210.170 pesos.⁵⁹ Miralles se nos presenta como un típico *merchant adventurer* del comercio ultramarino de la época, con la necesaria disposición de correr altos riesgos en sus negocios. Tenía casi la totalidad de su capital invertido en negocios pendientes, mientras disponía de un efectivo de sólo 132 pesos. A pesar de esta suma más bien modesta, Miralles formó parte del grupo de los comerciantes mayoristas de gran escala.

En el momento de su muerte las relaciones políticas y económicas entre Cuba y los Estados Unidos habían ascendido a su punto culminante. El 29 de mayo de 1780 se permitió oficialmente que todos los barcos bajo

55 Isern: *Pioneros...*, pág. 53.

56 AHN, Estado, 3884bis, exp. 6, núm. 15: Rendón a Navarro, 8 de mayo de 1780.

57 AGI, Papeles de Cuba, 1283, sin numeración.

58 *Ibidem*, fol. 254-259.

59 AGI, Papeles de Cuba, 1283, fol. 385-389, 31 de diciembre de 1780.

bandera norteamericana podían atracar en el puerto de La Habana para vender y comprar todo tipo de mercancías; por la situación de guerra se extendió este permiso incluso a la venta de esclavos.⁶⁰

Robert Morris se empeñó en designar a uno de sus socios de Filadelfia como *comercial agent* de los Estados Unidos en La Habana, pero el gobierno en Madrid se opuso.⁶¹ Tampoco se dio permiso a los ciudadanos estadounidenses para obtener propiedades en Cuba. España demoró cada vez más la firma de un tratado comercial con los Estados Unidos; la razón estaba en que el contrabando por parte de los comerciantes norteamericanos en La Habana había aumentado drásticamente. Ya en 1779 Miralles mismo había protestado ante el Congreso Continental contra estas actividades ilícitas.⁶² En lo sucesivo, las relaciones mutuas empeoraron después de la paz de Versalles que se firmó el 20 de febrero de 1783. Los Estados Unidos procuraron ampliar sus privilegios comerciales referentes a Cuba, mientras España no consideró necesario en tiempos de paz el comercio con neutrales. La paz de Versalles no sólo trajo consigo el reconocimiento internacional de los Estados Unidos, sino también la reconquista de Florida y Menorca por parte española. Una vez terminada la guerra con Gran Bretaña, España suprimió los privilegios mercantiles de los norteamericanos en Cuba. El 20 de abril de 1784 Robert Morris pidió a Rendón que propusiese al gobierno de Madrid conceder a los mercaderes norteamericanos la libertad de comerciar libremente en el Golfo de México, para mejorar la colaboración y suprimir el contrabando. Rendón transmitió el mensaje, pero añadió al mismo tiempo que tal proposición merecía un cauto y esmerado examen, puesto que, según los datos que tenía, Morris era el contrabandista más grande de textiles y de harina.⁶³ De hecho, en aquel momento el socio de Morris, Oliver Pollock, se encontraba detenido en la cárcel municipal de La Habana por falsedad en su declaración, intento de soborno a un oficial de la Corona española y negocios ilícitos por más de 25.000 pesos.⁶⁴ Por lo tanto, Rendón propuso que se abandonara la política económica liberal, al estilo de Miralles, y se redujera en cambio drásticamente las relaciones comerciales con los Estados Unidos; además se mos-

60 ANC, reales cédulas, 17/40.

61 AGI, Papeles de Cuba, 1299: Navarro a Gálvez, 20 de octubre de 1780.

62 Bernstein, Harry: *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*, Nueva York, 1966, pág. 27.

63 AHN, Estado, 3885, exp. 25: Rendón, Comercio de EE.UU. con nuestras posesiones en America, 1784.

64 AGI, Santo Domingo, 1663, El intendente Urriza a José de Gálvez, 2 de octubre de 1784.

tró partidario de regresar a la política del control estatal a través de la fundación de una compañía monopolista:

“... una compañía española de hombres de conocidos caudales solidez y honradez acreditada y que en qualquier caso fuesen capaces de responder a S.M. a el puntual cumplimiento de sus obligaciones; esta compañía enviaría comisionistas a las cinco [puertos] principales de estos Estados como son Charleston, Baltimore, Philadelphia, Nueva York y Boston, donde comprarían todos los artículos que les permitiese el Rey, y emplearían por consiguiente un gran numero de Buques de sus vasallos en la importación de aquellos efectos a los paraxes que se les indicase estipulando con dhos contratantes las propias condiciones que ofrece en su carta el honorable RM.”⁶⁵

Efectivamente, la consecuencia inmediata fue la expulsión de todos los comerciantes norteamericanos de La Habana en 1785.⁶⁶ Pero se trató sólo de una solución temporal, ya que el comercio cubano dependía del mercado norteamericano, sobre todo por la necesidad de importar harina durante las expediciones de las fuerzas españolas a Florida (véase Cuadro 3). Finalmente, el antiguo socio de Miralles y Morris, Oliver Pollock, no sólo fue liberado sino que también recibió el nombramiento de primer *commercial agent* en La Habana oficialmente reconocido por ambos gobiernos.⁶⁷ Mientras tanto, se despachó al comerciante mayor vasco, Diego de Gardoqui, a Filadelfia como primer embajador de España en Estados Unidos.⁶⁸

CUADRO N.º 3

ENTRADA DE NAVÍOS EN LA HABANA, 1780-86

Año	Total	Barcos extranjeros
1780	347	40
1781	782	261
1782	1208	387
1783	1284	463
1784	700	74
1785	680	38
1786	617	31

Fuente: Lewis: “Anglo-American Entrepreneurs...”, pág. 124, basándose en la documentación del AGI, Santo Domingo, 1158-1168.

65 AHN, Estado 3885, exp. 25, Rendón, Comercio de EE.UU. con nuestras posesiones en America, 1784.

66 ANC, Asuntos Políticos (en adelante AP), 3/98: real orden para que informe quanto haya ocurrido sobre la expulsión de este puerto de los Ingleses Americanos del Norte, 8 de marzo 1785.

67 Nichols, Roy: “Trade Relations and the Establishment of United States Consulates in Spanish America, 1799-1809”, *Hispanic American Historical Review* 13, Durham (N.C.), 1933, pág. 291.

68 Gómez del Campillo: *Relaciones diplomáticas...*, vol. I, pág. XXXIV.

Conclusión

El personaje de Miralles se nos presenta como un portador sumamente importante de la interacción entre dos sociedades distintas ultramarinas, la cuales estaban caracterizadas por diferentes sistemas de colonización. Al inicio de las relaciones cubano-norteamericanas Miralles ejercía una función de enlace como comerciante y mensajero político. No se trata, pues, de un diplomático profesional, ni de un clérigo o un militar, sino de un mercader que se empeñó en el acercamiento entre dos mundos.

Miralles era de origen francés, pero había nacido en España; de joven emigró a las Indias. Por lo tanto, es problemático clasificarlo simplemente como miembro del grupo étnico de los *peninsulares*; en Cuba procuraba ascender socialmente e integrarse en el grupo de la élite local criolla y por ello, en su ocupación de informante Miralles se mostró partidario de los intereses cubanos. Por lo visto, se indentificaba más con su entorno cotidiano colonial que con su origen europeo. Igual que Robert Morris, que llegó a definirse como norteamericano, Miralles como español naturalizado se convirtió en criollo.

Como extranjero naturalizado, miembro de una familia europea de comerciantes, Miralles logró rápidamente establecer relaciones comerciales internacionales en La Habana. Sus empeños por conseguir el asiento de negros muestran sus ambiciones tanto sociales como profesionales. Sin embargo, a causa de su origen se mantenía al margen de la sociedad colonial, inhibiéndole el ascenso a la élite azucarera cubana.

Sus negocios parcialmente ilícitos, como hombre de paja y contrabandista ocasional, fueron las razones por las cuales resultó excluido de la Compañía Gaditana y del asiento de esclavos. A pesar de ello logró establecerse permanentemente en la vida comercial habanera debido a su integración en los circuitos mercantiles entre Gran Bretaña, América del Norte y el Caribe. Su éxito se debió a sus experiencias como comerciante pionero en el mercado de esclavos y a sus enlaces con socios y comisionistas británicos y norteamericanos en los puertos regionales más relevantes de la trata como Kingston, Nueva Orleáns y Charleston. Después de conceder el asiento a los negreros británicos tras “la dominación inglesa” de La Habana éstos sustentaron su trata con agentes e intermediarios como Miralles.

Cuando la Corona española abrió el “comercio libre” para los integrantes de su imperio, también se permitió por primera vez la importación

de productos norteamericanos a Cuba por comerciantes locales y extranjeros. Además, estos “pioneros racionales”⁶⁹ supieron aprovecharse de esta temprana oportunidad y lograron controlar incluso la capacidad productora de la economía azucarera cubana, porque fueron al mismo tiempo los que regularon el mercado laboral con el abastecimiento de los trabajadores forzosos. Esta colaboración entre criollos y peninsulares en Cuba por una parte y los norteamericanos por otra se convirtió en la condición fundamental para la transformación económica de la isla a finales del siglo XVIII. Los comerciantes y mercaderes de La Habana dejaron de ser simples comisionistas y factores de las casas comerciales de Cádiz, al no depender exclusivamente de los cargamentos de la metrópoli. Participaron directamente y por su propia cuenta en los nuevos negocios de importación y exportación, sacando provecho de la integración creciente de Cuba en el mercado mundial, centrado a la sazón en el Atlántico.⁷⁰

La función del comerciante como intermediario en los procesos comerciales, culturales e incluso políticos, expuesta por Greenhill⁷¹ en el caso de los comerciantes británicos, fue realizada por Miralles como se ha podido comprobar. Pero hay que destacar que se trata de un ejemplo especial, ya que fue una excepción que un comerciante cubano fomentara las relaciones mercantiles internacionales desde el extranjero. En los años de mayor actividad, Miralles se parecía más al prototipo del comerciante anglosajón, el cual había llegado a dominar gran parte del comercio con Cuba después de la Guerra de los Siete Años. Su cualidad consistía en ser flexible, disponer de una intuición para prever buenas oportunidades, orientarse hacia nuevos mercados todavía en vías de formación y utilizar estas oportunidades para ensanchar los propios contactos mercantiles. De la colaboración con estos comerciantes Miralles había aprendido las prácticas modernas del comercio a larga distancia; también combinaba sus propios

69 Salvucci, Linda: “Anglo-American Merchants and stratagems for success in Spanish imperial markets, 1783-1807”, en: Barbier/Kuethé, eds.: *The North American Role in the Spanish Imperial Economy, 1760-1819*, Manchester, 1984, pág. 133.

70 Entre ellos hay que nombrar especialmente a Philip Alwood, comisionado de los esclavistas de Liverpool Baker & Dawson, Robert Morris de Filadelfia, Oliver Pollock de Nueva Orleans, José María Iznard, cónsul norteamericano en Cádiz, como también a los comerciantes españoles y criollos Aguirre, Aristegui y Cía. de Bilbao, Pedro Juan de Erice, Bonifacio González Larrinaga, Bernabé Martínez de Pinillos y Juan de Miralles (Biblioteca Nacional, La Habana, Colección de Manuscritos Pérez Beato, 19; también Moreno Fraginalls: *El Ingenio...*, vol. I, pág. 71).

71 Greenhill, Robert: “Merchants and the Latin American Trade: an Introduction”, D.C.M. Platt, ed.: *Business Imperialism 1840-1930*, Oxford, 1977, pág. 159.

intereses profesionales con sus tareas políticas. Entró en negocios con grandes casas comerciales de importación y exportación de Inglaterra y Estados Unidos, fundó compañías, estableció nuevas rutas marítimas y tenía trato con comerciantes mayoristas, banqueros, militares de alto rango y miembros de la política tanto cubana como estadounidense.

El momento de cambio en la carrera de Miralles llegó con su nombramiento de comisionado al servicio de la administración real. La guerra de revolución norteamericana creó las condiciones para que Miralles se convirtiese en importador y exportador al por mayor, en espía y representante semioficial de la Corona española. Hasta entonces era un empresario individual de categoría mediana que acompañaba su mercancía. La guerra le dio la oportunidad de entrar en negocios con Morris, quien más tarde se convirtió en el “financial wizard of George Washington”.⁷²

Miralles murió demasiado pronto como para hacerse rico a través de su actividad política. La presencia de Washington en su entierro subraya una vez más la influencia diplomática y la importancia a la que él había llegado en los Estados Unidos. Su mérito más grande consistió en haber establecido —junto con Robert Morris y Oliver Pollock— la primera etapa del comercio directo y legal entre Cuba y los jóvenes Estados Unidos. Con ello se aceleró un proceso de transformación global convirtiendo las relaciones económicas en vínculos políticos entre las dos Américas. De esta manera, Miralles fue uno de los responsables de la orientación de la economía cubana hacia el vecino norteamericano lo que provocó una total dependencia hasta la revolución de 1959. Aportó una parte esencial al acercamiento mutuo entre dos sociedades coloniales que pasaban por un período de cambios fundamentales, en ambos casos hacia la emancipación de la vieja metrópoli. En el caso cubano significó que la élite criolla por primera vez ejercía su influencia sobre la política gubernamental y reivindicó reformas y concesiones de la *Madre Patria*. Por lo tanto, la élite no sólo salió reforzada económica y políticamente, sino también se mantuvo leal a la Corona incluso antes y después de la independencia hispano-americana.

Es difícil juzgar si Miralles era partidario de una revolución política en Cuba. De todos modos, tomó partido por los intereses criollos al favorecer y fomentar los enlaces económicos permanentes con Norteamérica.

⁷² Knight, Franklin: *Spanish American Creole Society in Cuba (1750-1840) and the Rise of American Nationalism*, Austin (Tex.), 1988, pág. 7.

Sin duda, como subraya Cummins,⁷³ estaba entusiasmado por la revolución norteamericana. Como fervoroso admirador de George Washington, envió varios retratos del general al gobernador de la isla y a diversos amigos en La Habana como propaganda por la causa de la independencia.⁷⁴ Portell Vilá sospecha que Miralles habría abierto el camino hacia la independencia cubana, si no se hubiera muerto tan pronto.⁷⁵ McCadden incluso le pone en parangón con Miranda, Bolívar y Sucre.⁷⁶ Pero, es de destacar, que él nunca luchó contra los intereses de la Corona, sino que contribuyó por su parte a que Cuba experimentara un fuerte crecimiento económico a finales del siglo XVIII. La orientación hacia Norteamérica y las reformas administrativas y comerciales por parte de la Corona, pusieron los cimientos para la emancipación de la élite local. España fomentaba la economía azucarera bajo el control de los criollos y al mismo tiempo garantizaba la protección de la isla, logrando mantener el control político. La integración y la coparticipación en las decisiones políticas y económicas aseguraron la lealtad de los colonos. En eso la actividad de Miralles como importador y espía representa la posición de la aristocracia cubana entre el comercio libre y la obediencia. Ahí se refleja el realismo de Miralles que siguió a sus intereses de comerciante y de cubano evitando cualquier roce con la *Madre Patria*.

A principios del siglo XIX Cuba había llegado al cenit de su expansión económica. Sólo en los contornos de la capital se contaban más de 200 ingenios; las casas de comercio norteamericanas exportaron mercancías por valor de 20 millones de pesos desde La Habana.⁷⁷ Los patricios habaneros fundaron sociedades patrióticas y periódicos en los que se propagó la orientación hacia los Estados Unidos. Sus hijos fueron educados en las escuelas y universidades norteamericanas. En 1805 —el año de la victoria británica de Trafalgar— el cabildo de La Habana votó por la incorporación de Cuba en los Estados Unidos. Joel Poinsett en su función de “agente de los Estados Unidos para marina y comercio en Hispanoamérica” visitó La Habana en 1822 y se quedó impresionado: “I have never seen so much shipping, and such an appearance of business, in any port of the United Sta-

73 Cummins: *Spanish Observers...*, pág. 170.

74 AGI, Papeles de Cuba, 1283, fol. 191, 25 de marzo de 1779.

75 Portell Vilá: *Cuba...*, pág. 91.

76 McCadden: “Miralles...”, pág. 374.

77 Torres-Cuevas, Eduardo y Eusebio Reyes: *Esclavitud y sociedad. Notas y documentos para la historia de la esclavitud negra en Cuba*, La Habana, 1986, pág. 80.

tes, except New York, and there it is not as here, concentrated on one spot".⁷⁸ Medio siglo después de la muerte de Miralles las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos habían llegado a tal extremo que el gobierno en Washington consideró conveniente la anexión de Cuba por ser la "continuación natural del continente norteamericano".⁷⁹

78 Poinsett, Joel: *Notes on Mexico, Made in the Autumn of 1822*, Nueva York, 1969, pág. 210, y Liss, Peggy: *Atlantic Empires - The Network of Trade and Revolution, 1713-1826*, Baltimore/Londres, 1983, pág. 33.

79 "There are laws of political as well as of physical gravitation, and if an apple, severed by a tempest from its native tree, cannot choose but fall to the ground, Cuba, forcibly disjoined from its own unnatural connection with Spain, and incapable of self-support, can gravitate only towards the North American Union, which, by the same law of nature, cannot cast her off from her bosom." John Quincy Adams a Hugh Nelson, 28 de abril de 1823, citado por Foner, Philip: *A History of Cuba and its Relations with the United States*, Nueva York, 1960, vol. I, págs. 144-145.